

Los hermanos Julien: Memoria en la plaza O'Higgins

Un reconocimiento público a la historia de Anatole y Victoria Julien, abandonados aquí en 1977 durante el Plan Cóndor.

En diciembre de 1977, dos niños rioplatenses —Anatole, de cuatro años, y Victoria, de apenas un año y medio— fueron encontrados solos en la plaza O'Higgins de Valparaíso. Estaban cerca de los juegos infantiles, sin documentos, hablando con un acento que no era chileno. Para quienes los vieron por primera vez eran simplemente “dos hermanitos abandonados”. Con el tiempo se supo que detrás de esa escena cotidiana había una historia marcada por la violencia política del Cono Sur y por la coordinación represiva conocida como Plan Cóndor. Sus padres, Mario Roger Julien y Victoria Grisonas, eran militantes uruguayos que se habían refugiado en Buenos Aires para escapar de la dictadura en su país. Allí intentaban rehacer su vida con sus hijos pequeños, hasta que el 26 de septiembre de 1976 un operativo militar se abatió sobre su casa. Mario y Victoria fueron detenidos y sometidos a torturas; desde entonces permanecen desaparecidos. Los niños, Anatole y Victoria, fueron separados de sus padres y trasladados por distintos centros clandestinos en Argentina y Uruguay, en manos de agentes estatales que coordinaban sus acciones más allá de las fronteras nacionales. Meses más tarde, los hermanos aparecieron en Chile. Tres mujeres los llevaron en avión y, según relataría después Anatole, fueron dejados en la plaza O'Higgins de Valparaíso. Para la dictadura chilena, la presencia de dos niños extranjeros en un espacio público no representaba un problema político; formaba parte del encubrimiento de los crímenes cometidos en el marco del Plan Cóndor. Para quienes vivían en la ciudad, en cambio, esa escena era desconcertante: dos niños muy pequeños, cariñosos entre sí, pero sin ningún adulto que respondiera por ellos. El encargado de los juegos infantiles notó que nadie los venía a buscar. Al caer la tarde dio aviso a Carabineros y los hermanos fueron derivados a un hogar de menores. La justicia de menores se hizo cargo del caso con la información disponible: dos niños de identidad desconocida, sin documentos y sin familiares que los reclamaran. En ese contexto, una jueza decidió entregarlos en guarda a un matrimonio de Valparaíso que no podía tener hijos: el dentista Jesús Larrabeiti y la profesora Silvia Yáñez. Para Jesús y Silvia, la llegada de Anatole y Victoria fue inicialmente un acto de cuidado temporal. Sabían que existía la posibilidad de que apareciera la familia biológica y que debían estar preparados para esa eventualidad. Sin embargo, la vida cotidiana fue tejiendo otro tipo de vínculo. Anatole, expresivo y protector de su hermana, se adaptó rápidamente al nuevo hogar. Victoria, todavía muy pequeña, encontró en esa casa las primeras experiencias estables de infancia: juegos, rutinas, afecto. Con el paso de los meses, los hermanos comenzaron a formar parte de la vida de barrio, de la escuela, de las

celebraciones familiares. Mientras tanto, en Montevideo, la familia de origen no se resignaba. La abuela paterna, María Angélica Cáceres, emprendió una búsqueda incansable tras la desaparición de su hijo, su nuera y sus nietos. Recorrió oficinas públicas, se acercó a organizaciones de derechos humanos, habló con periodistas, escritores y artistas para que difundieran fotografías y datos de sus familiares. Su objetivo era sencillo y a la vez enorme: saber qué había pasado y, si era posible, encontrar con vida a Anatole y Victoria. Esa búsqueda comenzó a dar frutos en 1979. En una actividad realizada en Caracas, una ex funcionaria del Servicio de Menores de Valparaíso reconoció en unas fotografías a los niños que había conocido años antes en Chile. La conexión fue inmediata: se trataba de los mismos hermanos que habían sido ingresados como “niños abandonados” en la plaza O’Higgins. Gracias a esa coincidencia y al trabajo de organizaciones de derechos humanos, se organizó un viaje de la abuela a Chile, acompañada por representantes de organismos internacionales. El encuentro en Valparaíso fue un momento decisivo. María Angélica pudo ver a sus nietos, ya integrados a la vida de la familia Larrabeiti-Yáñez. Se reunió también con Jesús y Silvia, quienes le abrieron las puertas de su casa y compartieron con ella la historia de esos años. Tras muchas conversaciones, evaluaciones profesionales y un profundo ejercicio de generosidad de ambas familias, se llegó a un acuerdo: Anatole y Victoria permanecerían viviendo en Chile, con sus padres adoptivos, pero mantendrían su identidad de origen y un vínculo activo con la familia uruguaya. Con el tiempo, la adopción se formalizó y los hermanos pasaron a llamarse Anatole Larrabeiti Yáñez y Victoria Larrabeiti Yáñez, sin perder la conciencia de que también eran Julien Grisonas. Esa doble pertenencia —chilena y rioplatense, adoptiva y biológica— acompañó su proceso de crecimiento. Pese al dolor de lo vivido, pudieron construir proyectos propios, estudiar, trabajar y formar sus propias familias. A la par, se involucraron en la búsqueda de verdad y justicia respecto de los crímenes cometidos contra sus padres y contra tantas otras personas durante las dictaduras del Cono Sur. Décadas más tarde, la historia volvió al lugar donde una parte de ella se había hecho visible por primera vez: la plaza O’Higgins de Valparaíso. La instalación de una placa conmemorativa en este espacio público reconoce que allí no solo hubo juegos infantiles y tránsito diario, sino también un episodio profundamente ligado al terrorismo de Estado. La placa recuerda que Anatole y Victoria fueron abandonados en ese sitio, y que su presencia es testimonio de cómo el Plan Cóndor afectó también a la niñez y trascendió las fronteras nacionales. Para Victoria, que ha vivido toda su vida en Valparaíso, este gesto tiene un significado íntimo y colectivo a la vez. Al participar en la ceremonia de inauguración de la placa, ha señalado que, durante muchos años, la plaza fue para ella un lugar casi invisible, difícil de mirar. Con la instalación del recordatorio, ese espacio se transforma en un punto de memoria: un lugar donde se reconoce lo ocurrido, se honra a quienes lucharon por la verdad y se invita a las nuevas generaciones a conocer esta historia. La memoria de los hermanos Julien en la plaza O’Higgins no se limita al pasado. Es también una forma de afirmar que los derechos de niños y niñas deben ser protegidos en todo momento, incluso —y sobre todo— en contextos de crisis política. Al recordar lo que les sucedió a Anatole y Victoria, se abre un espacio para reflexionar sobre las consecuencias del abuso de poder, sobre la importancia de la justicia y sobre el valor de quienes, como su abuela, sus familias y las organizaciones

de derechos humanos, se negaron a aceptar el silencio como respuesta. Hoy, la placa en la plaza O'Higgins convierte un lugar cotidiano de Valparaíso en un punto de encuentro entre historia, memoria y presente. Allí se cruzan las trayectorias de una familia uruguaya, de una familia chilena, de dos niños que sobrevivieron a la violencia y de una ciudad que decide reconocer que estos hechos también forman parte de su identidad. Recordar a los hermanos Julien es, en definitiva, una manera de reafirmar el compromiso con la dignidad humana y con la convicción de que historias como la suya no deben repetirse nunca más.